



EVANGELIO DE LA DOMINICA

Pasó Jesús a la otra parte del mar de Galilea, que es el lago de Tiberiades, y le seguía una grande multitud de gente, porque veían los milagros que hacía con los enfermos. Subió, pues, Jesús a un monte; y sentóse allí con sus discípulos. Acercábase ya la Pascua, día de gran fiesta para los Judíos. Habiendo, pues, alzado Jesús los ojos, y viendo que venía hacia sí tan gran multitud, dijo a Felipe: ¿Dónde compraremos panes para que coma esta gente? Esto lo decía para probarle: pues El sabía bien lo que había de hacer. Felipe le respondió: Doscientos denarios de pan no les alcanzan para que cada uno tome un bocado. Uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro, le dijo: Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada, y dos peces: mas ¿qué es esto para tanta gente? Pero Jesús dijo: Haced sentar a esas gentes. En aquel lugar había mucha hierba. Sentáronse pues, como unos cinco mil hombres. Tomó entonces Jesús los panes, y habiendo dado gracias a su Padre, los repartió entre los que estaban sentados, y lo mismo hizo con los peces, dando a todos cuanto querían. Y cuando se hubieron saciado, dijo a sus discípulos: Recoged los pedazos que han sobrado, para que no se pierdan. Hiciéronlo así, y llenaron doce cestos de los pedazos que habían sobrado de los cinco panes de cebada, que sobraron a los que habían comido. Aquellos hombres, cuando vieron el milagro que había hecho Jesús, decían: ¡Este es verdaderamente el Profeta, que ha de venir al mundo! Y Jesús, notando que habían de venir para llevárselo y hacerle Rey, huyó otra vez al monte él solo.

Preludio de la Eucaristía

Admirable en sí mismo es el milagro de la multiplicación de los panes, pero aun más admirable es en su simbolismo. Aquella comida es en efecto un prelude de la Eucaristía, en la cual se multiplica el Pan de Vida para nutrir espiritualmente a todos los hombres que se acerquen a la Sagrada Mesa dignamente. Aprovechémonos de este manjar celestial a fin de que en él encontremos el verdadero alimento del alma que se traduzca en estimulante para servir a Dios y en impulso para mejor amarle. Y pensemos que si Jesús se ocultó de las turbas cuando presintió que éstas querían aclamarle por rey, no se ocultará, no huirá de nosotros cuando le proclamemos rey de nuestro corazón. Porque precisamente su reino que no es de este mundo es el reinado sobre los corazones y las almas.